

Resumen

El planteo sobre las dificultades de la traducción tiene distintas tradiciones y responde a diferentes problemáticas. Una es la que corresponde a la lectura, que nunca puede reconstituir exactamente el texto original, sino que produce otro texto. Por otra parte, la referente a la inserción filológica del significado, teniendo en cuenta que las tradiciones de una lengua difieren necesariamente de la otra. Cabe entonces legitimar que una traducción es otro texto, y que como tal debe ser entendido como un producto inconcluso, una *misreading*, según Paul de Man.

Palabras clave: Traducción. *Misreading*. Margenes del significado. Historicidad lingüística del texto.

Abstract

The premise of the difficulties of translation have different traditions and respond to different problems. One is the one corresponding to the reading, which can never reconstruct exactly the original text, but produces another text. On the other hand, regarding the inclusion philological meaning, taking into account the traditions of a language necessarily differ from each other. It is then legitimate that a translation is another text, and as such should be understood as an unfinished product, a *misreading*, as Paul de Man.

Keywords: Translation; *misreading*; margins of meaning; linguistic historicity of the text.

Las literaturas en lenguas no españolas plantean – en un nivel implícito - una discusión en torno de la traducción. El eje del debate pone en escena un problema previo que consideramos central: la lectura. El primero es de larga data, y se genera en torno de las posibilidades y la legitimidad de la versión traducida. Hasta ahora los estudiosos no han logrado un acuerdo que cierre la discusión y ofrezca una respuesta definitiva, aunque ello no es obstáculo para que afortunadamente aparezcan con una suerte de impasible naturalidad. Diferente es la revisión de lo que constituye el denominado

proceso de la lectura, relativamente actual, donde se ponen en cuestión, precisamente los límites de la obra, y sugiere de algún modo una estructura dialéctica entre el original y cada interpretación.

Es conocida la disyunción proveniente del idioma italiano: **traduttore - traditore**, que recupera el núcleo de la polémica citada, particularmente en relación con los textos literarios. ¿Es una actividad mecánica, obediente del original o es una actividad también artística, literaria? Dicho en otras palabras: ¿Hay margen para la legitimación del locus del traductor o una

1. Doutor em Literatura pela Universidade Católica De Valparaíso (Chile). Professor adjunto da Universidad Nacional del Nordeste (Argentina). E-mail: avalesini@ciudad.com.ar

simple reverencia, un oído atento a lo que le dice el texto aurático, una presencia ausente?

Sabemos que traducir consiste en trasladar un texto (lo que lo constituye en el plano semántico) de una lengua a otra, de un código a otro. Los ordenadores poseen programas que pretenden cumplir esa función, y su eficacia está regulada especialmente por el tipo de texto del que se trate de obtener la traducción. El texto informativo, que plantea un significado unido al referente, unívoco, gozará sin dudas las ventajas del programa. En cambio, cuando se pretende traducir un fragmento de un texto narrativo, o una estrofa de un poema, el resultado presenta una sucesión de términos a primera vista inconexos, y aunque se intente organizarlos, las incoherencias persistirán, incluso con el agregado de los ajustes morfológicos y gramaticales correspondientes.

En general, se pueden caracterizar dos posiciones en torno de la cuestión: aquellos que sostienen el apego al texto, y consecuencia, confieren prioridad a la construcción lingüística específica como equivalente del significado textual. La práctica consiste en buscar y seleccionar en el repertorio de la lengua por traducir, el término más adecuado para la ocasión, de acuerdo con el cotexto, con las presuposiciones interpretativas que ha formulado el traductor, y por qué no, con sus preferencias.

Por otra parte, están aquellos que recuperan como eje la trama conceptual del texto, y utilizan los términos lingüísticos como un conjunto de pistas con los que se construye el nuevo texto, el traducido. Esta traducción libre despierta las sospechas -y cuándo no, las condenas- de los que conocen el idioma original y no localizan los términos convenientemente convertidos. La acusación corriente es que se desvirtúa la obra, y que el producto es algo diferente del original.

Esta confrontación se ha planteado desde

la antigüedad, y ha sido reforzada a partir del siglo XX, acorde con el afianzamiento de la concepción idealista, y posteriormente, estructuralista del lenguaje. Éste es concebido como un repertorio universal de signos que transmiten exactamente el mismo significado a los hablantes y lectores de una lengua. Según esta perspectiva, es suficiente el diccionario y el apoyo de una gramática para lograr la traducción satisfactoria.

El desarrollo de los estudios contemporáneos enmarcados en la hermenéutica y la pragmática ha aportado una mirada que reduce el dogmatismo y legitima una transacción entre el texto y el lector. Hasta cierto punto, se reconoce su posibilidad de trascender, ampliar o transfigurar el texto, no como un acto deliberado, sino como el ejercicio legítimo de sus posibilidades.

Cuando se trata del lenguaje literario, la traducción no se resuelve en un ámbito estrictamente lingüístico, aunque constituye sin dudas el punto de partida, el soporte necesario. El texto literario, incluso para quienes lo consideran en su dimensión material, no se agota en la esfera del lenguaje. Es cierto que en él reside, como sostenían los formalistas rusos, el *locus* donde se produce el efecto estético, pero de todos modos, con distinto énfasis, se admite que la forma está ligada sustancialmente al significado, además de significar en ella misma. que produce a través del texto, y su naturaleza requiere de ambos por igual.

La dicotomía traduttore-tradittore no agota los problemas que subyacen en la traducción. La obra de Joyce expuso de manera contundente la imposibilidad de traducción: *Finnegan's Wake* ha sido suficientemente inaccesible como para permitir una versión española, excepto *Anna Livia Plurabelle*. No es el único caso, aunque otras obras han sido más benévolas con el ímpetu o el atrevimiento de los traductores. (estoy pensando en *Alice's Adventures in Wonderland*, o *Alice Through*

the Looking Glass, donde los juegos de palabras han provocado un esfuerzo notable para restituir el efecto presuntamente original.

Queremos destacar, en primer lugar, un elogio de la lengua no como una convención válida en el uso del código por parte de los hablantes, sino en su capacidad de condensar un relato que suple el mundo en que el texto es producido. Sabemos que un lenguaje es, en sí mismo, un repertorio cuya naturaleza y organización distan de ser gratuitas, casuales, sino que corresponden a la manera como una cultura ha determinado, elaborado e interpretado su experiencia del mundo y de sí misma. Esta dimensión semiótica restituye el significado cultural de los lenguajes, y pone de manifiesto las limitaciones a que se somete una obra al ser traducida a una lengua extranjera. Pensar, por ejemplo, en los contenidos que un hablante japonés o ruso pueden asignar a ombú, o mate, por ejemplo, nos enfrenta con una realidad que no alcanza a ser suplida por la voluntad o por la consulta erudita. Patentiza hasta qué punto es necesaria esa suerte de herencia diseminada en la historia de una comunidad, sus tradiciones, su cosmovisión obtenidas antes por la experiencia sensible que por la experiencia intelectual.

Ahora bien, no pensamos que la lectura de todos los miembros de una comunidad lingüística sea capaz de recuperar el mismo significado en un texto, pero sí sostenemos que hay un repertorio común de ideas, memoria social, emociones, lealtades, ensoñaciones que se comparte, y que puede entenderse como identidad. Esa suerte de sustrato nominado constituye la condición para desplegar un relato velado, una dimensión alegórica que subyace en la lectura, ilumina su significado, reclama resonancias secretas. En ese sentido, ninguna traducción podría suplir esta carencia del hablante de una lengua diferente.

Aquí postulamos el efecto entrópico

de la traducción: no conserva la totalidad del universo posible de significación del texto en el idioma original, y en cambio lo provee de otras posibilidades en el territorio de la nueva lengua. Seguramente, las chances de recuperar del texto las alusiones, evocaciones, símbolos, sonoridades estarán dadas en función del mundo conceptual, sensible, imaginativo del receptor, pero de todos modos, el espesor semiótico que involucra la lengua original alude primariamente a su dominio de lectores.

El texto traducido se distancia subrepticamente del original, por cuanto es la objetivación de una lectura antes que de la formulación estética original de donde ha partido. Quien traduce queda encerrado en el acto simple, aparentemente inocente, de la lectura. ¿Qué es la lectura? Sin dudas, no nos referimos al proceso de decodificación que es su punto de partida, sino el despliegue de una trama compleja, desigual de significados que acuden en torno del texto, lo modulan espacial y temporalmente, y cristalizan el horizonte de cada lector, en un movimiento difícil de explicar y de formular.

Paul de Man (1979) comenta que su conocida obra *Allegories of Reading* surgió a partir de su trabajo en torno de los textos románticos alemanes. Aclara que en ese transcurso, advirtió que su acceso al contenido de los mismos estaba condicionado por un proceso no tan inocente, cual es la lectura. Nos interesa indagar ese margen textual que se construye en torno de la obra, y que sólo se puede materializar en el ejercicio pragmático de la lectura, entendida como la instancia que posibilita la construcción de significado en el receptor.

Hans-Georg Gadamer focaliza esta cuestión a partir de la hermenéutica, en relación con el análisis de las condiciones de la comprensión. Al respecto, enfatiza el

carácter temporal de esta actividad en cuanto el intérprete accede a la comprensión a partir de las posibilidades intelectuales, ideológicas, históricas de su horizonte. Esto afirma el carácter relativo, temporal, cultural de todo proceso de lectura en cuando propicia la formulación de un sentido proyectado hacia el presente.

El significado pleno es una categoría interior al texto, y toda lectura es un recorrido que se efectúa sobre su huella, pero en el que comparecen las condiciones del sujeto que ejecuta el acto. La lectura - y obviamente, la comprensión- trasluce el mundo del lector en relación con el texto, concretiza en el universo del lenguaje aquellas referencias que conforman un relato latente, que Paul de Man denomina alegoría.

Paul de Man plantea la noción de *misreading*, o mala lectura, para mostrar de qué manera el lector, antes que atenerse al texto en su materialidad contradictoria, lo recorre a partir de ciertas representaciones previas que lo dejan ciego respecto de las contradicciones y aporías que contiene. Sólo desde afuera es posible advertir este desvío, que muchas veces desemboca en las lecturas aberrantes.

En este punto, si acordamos que la traducción es la versión de un lector - especializado, en este caso - hay que admitir la presencia de una mediatización irremediable. De modo que la lectura de un texto traducido, será ya un espacio donde se hacen presentes las voces del autor original, la del traductor, que cuenta lo que interpretó, y la del lector, que responde con los lenguajes, los temas, las historias de su horizonte.

Nuestra propia lectura está sujeta, también, a la *mala lectura* de la traducción, es decir, el ejercicio de la libertad en la construcción del significado, puede, de manera inconsciente, alterarlo, o incluso contradecirlo. Desde una consideración estructuralista de la lengua, estaríamos encerrados

en un universo poblado de errores, desencuentros, imposibilidad de acceder al texto original.

Sin embargo, la hermenéutica permite pensar a la literatura - el texto literario- no como el artefacto, el objeto material que constituye un libro, sino como el acto por el cual una obra es aprehendida por un lector. El círculo comprensivo es un recorrido que une texto y receptor en cuanto el primero despliega un marco de posibilidades que cada uno puede concretar, instaurar, en la medida de sus posibilidades intelectivas, afectivas, históricas, culturales. Comprender un texto es, al mismo tiempo, comprendernos a nosotros mismos.

La traducción, entonces, está situada en un margen que, como toda comprensión, se localiza pragmáticamente en torno del texto. De ahí en más, esta propiedad irreductible no es un obstáculo, sino un modo como se ofrece el texto en otra lengua. No cabe la interrogación sobre qué quiso decir un autor, u otra cuestión semejante. El texto, al tiempo que nos informa sobre el mundo al que pertenece, a través de un despliegue de significados, esencialmente nos informa acerca de nuestro propio mundo, o de la manera como la realidad está presente en nuestra conciencia.

La validez, la trascendencia de los textos garantiza que su vigencia no se localiza meramente en datos filológicos, sino en la capacidad que tienen las obras de reinstalar su *aire familiar* en diversas culturas, en diversas lenguas, en cuanto proveen de sentido a los diversos repertorios de significados vitales del hombre en cada horizonte desde el cual acceda a esa suerte de aventura interior que es la lectura.

Referencias

DE MAN, Paul. **Alegorías de la lectura**. Barcelona: Lumen, 1990.

_____, **La resistencia a la teoría.** Madrid: Visor, 1990.

_____, **Visión y ceguera:** Ensayos sobre la retórica de la crítica contemporánea. Puerto Rico: Editorial de la Universidad de Puerto Rico, 1991.

ECO, Umberto, **Lector in fabula.** Barcelona: Lumen, 1979.

GADAMER, Hans-Georg, **Verdad y método.** Salamanca: Sígueme, 1991.

_____, **El problema de la conciencia histórica.** Madrid: Tecnos, 1993.

HOLLAND, Norman, **The Dynamics of Literary Response.** Nueva York: OUP.ISER, 1968.

Artigo enviado em: 17/11/2011

Aceite em: 30/11/2011